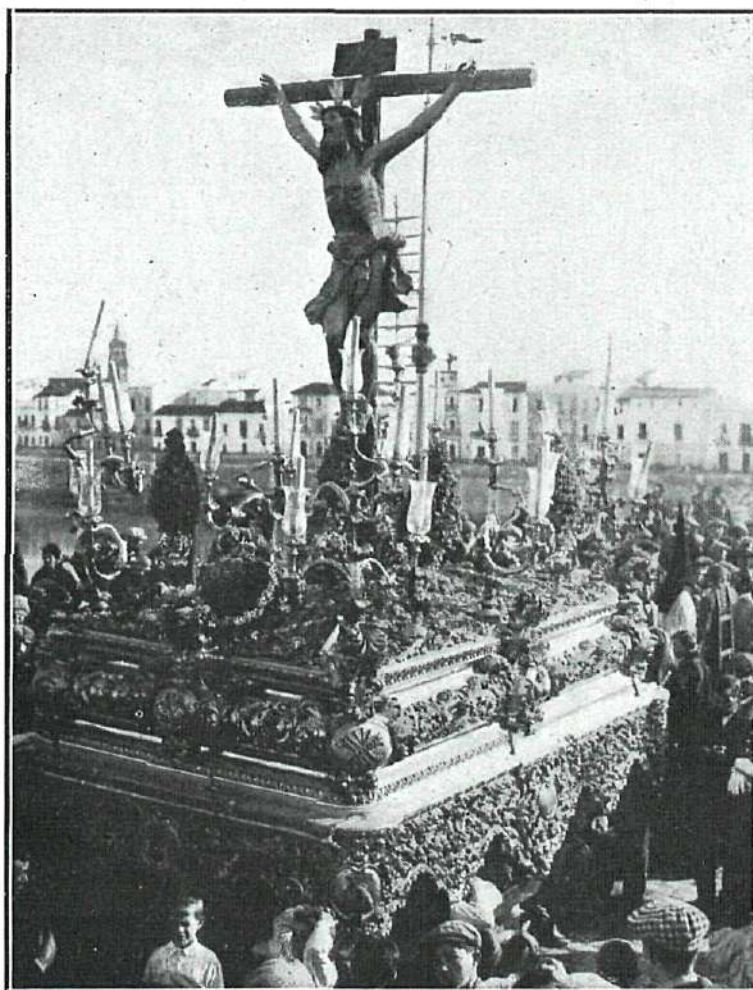




Nuestro Padre Jesús de las Penas y Nuestra Señora de la Gracia y Esperanza, á la salida de su Parroquia



Santísimo Cristo de la Expiración (el Cachorro), del barrio de Triana, á su paso por el puente

AUSENTES del amado solar que aromó las horas de nuestra infancia; lejos de la ciudad armónica y luminosa que llenó de fragancias nuestra juventud, nuestra pluma ha querido trazar estas impresiones como una ofrenda fervorosa y sentimental á la «patria chica», que ahora celebra, bajo la pompa de su cielo incomparable, la más intensa y conmovedora solemnidad del rito cristiano.

Sevilla y primavera. Esto es: dos palabras que fueron creadas para enlazarse en un maridaje tan absoluto que parece una redundancia.

Unidos los dos términos, son la exaltación lírica y pasional de un concepto de arte y de belleza.

Sevilla, la ciudad eternamente novia... Como una novia nos acoge ilusionada, engalanada, y no se nos entrega del todo nunca... Es la ciudad-ilusión, como el recuerdo perfumado de la más bella aventura.

El tópico no llega á desprestigiarla ni la hipóbole la falsea... Detrás de la Sevilla espectacular y en fiestas de esta semana, hay la Sevilla íntima y buena, donde es amable la vida, donde tiene un ritmo de canción y una suavidad de perfume exquisito...

Es la Sevilla de los incomparables vésperos, frente al río legendario que murmura reflejando un cielo maravilloso; la Sevilla optimista, esperanzada y hospitalaria, propicia á la amistad, blanda para el elogio, fácil para la agudeza...

Sevilla, la novia, la ciudad donde mejor sabe el amor, porque, como una novia, da la esperanza y el deseo sin hartura, y da, sobre todo, para quien sabe gustarla, una alegría que no llega á la carejada brutal, pero que tampoco hace la sonrisa maliciosa...



Niños Nazarenos de una Cofradía (Fots. Serrano)

Alegría fecunda, bálsamo y acicate... Alegría de esa risa y de ese beso que tiembla en los labios de las novias... Esto es, promesa, incitación, esperanza... Deseo contenido, que es el más sabroso... Embriaguez deleitosa que no llega al hartazgo...

•••••

La Semana Santa en Sevilla, aunque parezca paradójica, es una fiesta profana. El sentimiento religioso se funde en la viva paganía del ambiente.

Bajo la luminosidad rútila del cielo, el piadoso desfile de las Cofradías pierde todo su misterio tenebroso...

La radiante luz solar, hiriendo los cuerpos de los Cristos trágicos de Montañés, da humanas tonalidades á las maravillosas tallas crucificadas, y hace que la púrpura de las sangrientas llagas luzca como rojos claveles primaverales...

El claroscuro que nos impresionó en el retablo pierde su emoción á pleno sol...

Y de todo el desfile de cientos de «pasos» y millares de penitentes enlutados, sólo queda en nuestras retinas el centelleo áureo de los áureos bordados en los mantos de las Vírgenes, la policromía de las flores esparcidas en las andas y la impresión de aquellas pupilas—tan humanas—preñadas de lágrimas, que tiene la Virgen de la Cofradía de San Gil; esa Virgen tan pequeñita, tan sevillana y «tan mujer», que hizo brotar este madrigal de la boca de un poeta del pueblo:

¡Virgen de la Macarena,  
o quiero porque es tu cara  
como la de mi nena,  
morena clara!

